

Valor y juventud

Fernando Valenzuela

La juventud es un estadio de plenitud de la vida biológica y una actitud de exaltación de los ideales de la existencia humana. Es el brote renovador, el "novum" y la surgencia en el desarrollo evolutivo del tronco humano. El valor de reemplazo de la vida espiritual.

Revestida de un carácter crítico, seguidora de actitudes de contraste y a veces rupturista de las concepciones tradicionales del mundo y de la sociedad, la juventud es una instancia de visiones que expresa de un modo auténtico en un "querer ser sí mismo", revelación de un deseo de conducirse por cánones propios. La juventud es una vigorosa vocación de vida, un llamado interior, que la hace ser fiel y veraz a sus propósitos de vivir la verdad de sus convicciones en un proyecto de vida pleno. La fuerza de carácter que muestra en las más variadas circunstancias destaca su entereza de ánimo, su integridad para asumir los avatares de mayor riesgo personal. La autonomía de sus decisiones destaca una forma de ser que la distingue de entre los otros componentes de la vida social.

Hay un contenido de nobleza en la conducta juvenil, llena de bizarría y galanura, que con el tiempo se ha ido perfilando cada vez más. Por eso, aunque en el desarrollo evolutivo de la humanidad la juventud se inserta entre la adolescencia y la primera edad adulta, aproximadamente de los 16 a los 23 años, lo cierto es que el significado de este concepto se aplica por extensión a las otras edades o momentos de la vida del hombre o de otros seres, cuando se le reconoce en ellos estados renovadores de las condiciones materiales o espirituales o de desarrollo de la etnia, del ethos, de las culturas y del propio pensamiento alboral.

El tema en sí destaca un estado humano de especial clarividencia pero que conduce a tensiones al interior de la comunidad. Se produce una reubicación de ideas y convicciones sociales en los que se estrellan el ser y el bien, la existencia y el valor, la realidad y el ideal. Su calvario permanente es la convivencia cotidiana y el manejo del principio de realidad que contradice a la juventud de modo permanente en su actitud

de vida. Su solaz y abasto es la visión del ideal, su instalarse en la vida de los valores. Sus acompañantes obligados son el deber, como imposición de la norma de conducta que resiste a trechos sus posibilidades de accionar concretas, y la presencia del amor, que la señala como la más genuina expresión de entrega a los contenidos de acercamientos simpatéticos de la vida toda.

La filosofía se interesa por el componente valórico, en especial, ético, del quehacer de la juventud, planteando una reflexión principal de la existencia humana desde el peculiar punto de vista de lo que ella representa. No hay una reflexión más comprometida de la filosofía que la que se refiere a la juventud porque de allí se levantan los elementos justificatorios que dan forma a los juicios de valor.

El rigor del logos representador de la filosofía, del tratamiento conceptual de los problemas, no salva a la juventud de las peripecias constantes que sufre la disciplina, de los aciertos y desaciertos de sus dictámenes, que no siempre resuelven las dificultades que ella enfrenta. Pero la filosofía tiene la ventaja de respetarla en sus alcances valóricos, en el "valde bonum", como supremo bien que ella ostenta, casi siempre formulado en una antropología conmovedora, llena de alicientes y sentidos metafísicos excepcionales, comparable tan sólo, en este contexto, al sentimiento de grandeza espiritual que nos deja la belleza expresiva en su revelación poética.

El tema de la juventud, de difícil precisión filosófica, no se deja tocar con facilidad; su presencia nos descubre un trato contradictorio con la realidad, que nos confunde y nos deja perplejos. La filosofía trata, por un lado, de asimilarla íntegramente, de absorberla, para transformarla en logos, y, por el otro, de cambiarla desde su raíz, de denotarla en lo que ella representa. Todo esto en un marco de proximidad espiritual innegable, de una cercanía de contenidos casi absoluta, al punto que son muchos los que piensan que entre pensar filosófico y juventud existe una secuencia perfecta. El asombro, la libertad, la participación, las grandes cosmologías que llenan la cabeza del joven, provienen principalmente de la filosofía. Más aún, la tentación permanente que sufre la juventud de las ideologías encuentra su origen en el valor filosófico que éstas pueden detentar.

Los intereses de la juventud pisan el umbral ancho de una puerta que conduce a las mejores expectativas de felicidad humanas, pero luego, recorriendo las sendas que llevan a un recinto interior, se hace presente una geografía problemática de cosas y situaciones que comprometen desde su inicio la seguridad de lo que existe. El proceso conservador de la realidad, de lo que ya se tiene ganado, la acoge con sospecha; con lo que no se quiere decir poco porque allí concurre también la cultura con alternativas equívocas que alientan sus iniciativas y sufre en sus manifesta-

ciones las tensiones y perspectivas de las nuevas formulaciones, pero luego las contiene apoyándose en el "sensus communis" y en la tradición.

Para dilucidar estas cuestiones es preciso, entonces, hacer evidente el aporte de la filosofía en la problemática de la juventud, siempre desde una perspectiva interpretativa dadora de sentidos comprensivos, significantes para la construcción de un horizonte del mundo de la juventud, de sus contenidos, al modo como lo ha hecho la hermenéutica de Gadamer en nuestros días, pero empleando esta vez, en la consideración del asunto, los hallazgos que nos proporciona la teoría de los valores.

La juventud es la época de inicio de la madurez intelectual del hombre y de apertura a una comprensión del mundo. Es el tiempo de crecimiento formidable de las capacidades y mecanismos del saber del individuo. No obstante, estas cualidades no serán los signos más esclarecedores de su naturaleza. Ella se decide por las actitudes éticas que surgen de la acción; de la facticidad de la existencia que estima dañina y que trata de cambiar; arremete en contra de lo que es y ha sido y lucha con lo negativo de la existencia, con su decadencia, con los síntomas de la impropiedad que la asedian. Y aunque por su fuerza de vida (voluntad de vida) la muerte se le aparece distante, como un referente de poco interés para ella, es capaz de llegar al sacrificio supremo en la defensa de sus ideales. En la comprensión del existir se abre apasionadamente a la conciencia, como voz de la conciencia, y asume con seriedad la culpa en un sentimiento ético profundo, que la descompensa y desequilibra, razón por la cual acepta el castigo y se hace digna de la redención.

La vida se hace presente a la juventud desde sus manifestaciones más conjeturales. Para abarcarlas crea desde sí las baterías cognitivas de una heurística del preguntar: el qué, el cómo, el porqué, el para qué, etc. son recurrentes en este acaecer del querer juvenil, como medio de alcanzar la conciencia del mundo. Estos rasgos de la juventud se orientan en un curso finalista, de ordenar la realidad en función de fines que apuntan a los valores más preclaros de la vida del hombre. Las etapas anteriores y posteriores de esta vida no podrán sobrepasar en significación e intensidad los niveles excepcionales que ella alcanza en orden a incorporarse a instancias cualitativas y formadoras. Ello explica el éxito permanente de la Universidad. Siempre insatisfecha de las constataciones empíricas, restrictivas del ser espiritual, su alma inquieta demanda por realidades más consistentes que se adentren con mayor verdad en las teorías de las concepciones del mundo, que fundamenten con elementos de valoración última la razón de ser que justifique los comportamientos del existir.

La juventud se decide por proposiciones cardinales de la realidad. Se abren ante ella las posibilidades del ser. Se resuelve por una filosofía del ser con preferencia a una filosofía del hacer o del tener. Semejante comportamiento se comprende de suyo porque el "lugar" de la juventud es el

“donde” se forjan las actitudes éticas y por ello insiste en orientarse de acuerdo al fundamento.

En efecto, el joven se organiza en una posición de conciencia en cuanto a “ser sí mismo”, como destino único de un proyecto de vida personal. Pero no siempre se reconoce en las vías de acceso que conducen al “ser sí mismo”. A trechos, puede representarse simplemente un “hacer para hacer”. Es normal que se tope con este problema que es el dilema de toda la metafísica contemporánea. La juventud recoge estas tendencias de la vida del hacer en forma trágica, y al no poderlas contener en un sincretismo razonable, las hace estallar, perseverando en un intento de alcanzar la plasmación absoluta de su proyecto de realización humana. Por desgracia, los resultados quedarán por debajo de las expectativas.

El joven se pregunta por el qué hacer y el para qué de la acción y la respuesta le viene justamente de la disyuntiva que se abre al hombre: o bien, la vida es una mera realización de actos sin una finalidad clara, una búsqueda de satisfacciones limitadas, o bien, propicia el cambio que la conduzca a la organización de su ser propio. La respuesta trata de encontrarla en la persecución de esos supuestos. La conjetura es acuciante. La filosofía lo reitera como problema pero tampoco lo ha resuelto: ¿el valor supremo de la actividad humana es un ser o un hacer?

La juventud examina el asunto desde el punto de vista del ser y la persona. Específicamente, tomando en cuenta una posición humanista, de interés vital para ella. En esta dirección parece evidente que la juventud encarna una filosofía del ser, de lo último, de lo que se asocia a una ética del ideal, la de contenidos absolutos e intransables. Ella se opone a una filosofía del tener, de la contingencia, de la alienación, la que de alguna manera se asocia con los intereses de la sociedad en su dimensión cuantificadora y utilitaria. Es cierto que ésta también toma en cuenta una visión del ser, pero lo hace en una perspectiva de desarrollo histórico, comprometiéndose regularmente en una transacción con las cosas, aceptando situaciones, asumiendo compromisos desde sus alcances pragmáticos y casi siempre deformados por las urgencias de la vida diaria.

La juventud actúa como una voluntad reivindicadora: apoya a los factores ideales en la relación con el mundo, trata de orientar en el sentido del fundamento, induce a un humanismo de principio y de lucha.

La juventud no produce aportes reveladores en el tratamiento propiamente conceptual de los problemas filosóficos, pero los recursos de que dispone para la habilitación de lo nuevo que ella trae a presencia por medio de las actitudes creadoras que propicia, incluso de su impronta como realidad sociológica, la proveen de una fuerza en el ánimo más que suficiente para definir desde sí un esquematismo propio de la relación con el mundo o, al menos, de plantearlo en términos diferentes a los de la modalidad tradicional.

La actitud de la juventud es reactiva porque intuye el peligro permanente a que está sometida la existencia, de que se degrade en simple realidad, de la amenaza cosista siempre vigente que hace de la existencia un objeto y del valor una entidad sin fuerza, puramente verbal que obliga a asumir la realidad desde una concepción formal del ideal. En este contexto la juventud es el agente activo, en un alcance material (de ser factotum), de "saber" que el camino permanente de la existencia en la búsqueda del ser se presenta en la participación y en la libertad, y que el valor es el agente en su alcance significativo (de ser conciencia valorante) de esa misma posibilidad.

La distinción de lo posible y de lo actual encierra un criterio del comprender, en cuanto forma de hacer válida una teoría del saber de la juventud en el proceso de constitución del objeto del mundo. La categoría de lo posible es la fuente que se aprecia como un punto de partida interpretativo esencial del comprender para la determinación del sentido de lo actual. Teóricamente dispone de una carga de elementos ideales y valóricos, para la construcción de la idea de totalidad del mundo, a partir de una experiencia rectora, desde la cual procede a individualizar los objetos del acaecer humano.

Esto implica, en otros términos, que la juventud opera desde una plataforma conceptual amplia, que no sólo visualiza un sistema de categorías vinculantes al conocimiento de la realidad sino que distingue el mundo de lo dado, de los objetos reales, frente al mundo de lo pensado, significado o meramente imaginado. En esta dirección, el derecho a soñar de la juventud se sirve de la metaforización y del juego imaginativo expresado en las formas del concepto y de la filosofía.

La juventud llena la experiencia del mundo con significaciones sui géneris de acto y contenido, de modo tal que el sujeto opera en una constelación de categorías afectivas y emocionales que supeditan las determinaciones del objetivo a una visión más alta. Se emplea aquí, con modalidades específicas, una representación del fin y de la intención de realizarlo, en una categoría general de sentido, que modifica todos los protocolos existentes vinculados a una concepción del conocimiento tradicional. La conexión anímica de la juventud se organiza en el sentimiento; la comprensión dotada de una rica sensibilidad se basa en la valoración, vale decir, en el empleo de un órgano cognoscitivo opuesto al intelectual y superior a él, fundamentado en juicios de valor y de fines.

La clásica distinción de la "cogitatio", en cuanto uso del sensus en el proceso captador, y de la "preditatio", como mecanismo racional en la tarea del conocimiento, se amplía y cambia de énfasis en la juventud. Ella se vale de la "contemplatio", que enarbola una tercera vía (tercia vía cognitionis), la de la intuición, del conocer viendo. El fundamento se

reconoce en este caso en la apreciación que se hace del valor, del ideal y del determinismo de valoración.

De lo dicho se desprende que el valor para la juventud es el resultado de la conexión anímica y del desarrollo individual, que empuja al hombre fuera de sí y de la vida, hacia algo que los trasciende y que corresponde al mundo del deber ser y del ideal.

La comprensión, tanto de sus formas simples como de las superiores, incluso las de aquellas que se refieren al espíritu objetivo, como parte del mundo espiritual dentro del proceso captador del objeto, consiste en descubrir el sentido de los valores. Sin embargo, las preferencias que organizan el sentido son existenciales y no esenciales, creándose un dinamismo del valor con la conexión anímica individual de tonalidad axiológica.

Las motivaciones de la juventud provienen de instalarse, *príma facie*, como existencia (*dasein*) frente a las regularidades de la esencia (*sosein*). La juventud ahonda las especificaciones existenciales para ir más allá; no busca identificarse con la realidad, con la que mantiene un trato polémico; quiere encontrar la diferencia (*andersein*), lo otro, la alteridad que la justifique y la ordene como caso único e irrepetible del mundo, sujeto y protagonista final de la historia y de la vida, por oposición a toda normalización ya hecha o estructurada que le ofrezca la sociedad como alternativa histórica (principio de individualidad).

Trata de fundar una nueva coherencia, un orden lógico propio, formas de pensamiento en suma que den cuenta finalista de su existencia. Intenta forjarse un lugar, de ser parte significativa del todo.

La juventud denuncia las contradicciones del mundo, principalmente las de orden social. Ella misma en su accionar genera otras tantas contradicciones. Condena el desequilibrio social, buscando idealmente otros equilibrios que generen por su parte nuevos desequilibrios. Su buena fe alienta y apoya las nuevas formas, pero no redime ni salva. Su accionar es episódico.

El lugar de partida de su peregrinación (*terminis a quo*) está en la proximidad familiar y en las manifestaciones del *ethos* que recibe su mayor apoyo de la tradición y de los otros medios de formación de los procesos de socialización directos o reflejos.

Las imprecisiones de la meta a la que se tiende influyen en el lugar de término (*terminis ad quem*), que está presidido por visiones de contenido valórico. El proceso de búsqueda de la juventud no encuentra consolidación real, sus fuerzas son insuficientes para llevar a término los propósitos de construcción del mundo y fallará a la postre. Los elementos cordiales y de conciliación que proporciona la vida social para convencerla de sus intentos vanguardistas tendrán éxito, reducirán su iniciativa y la proposición de acoger los caminos de salida que plantea el marco histórico, serán aceptados. Ha llegado la etapa final, la juventud ha dejado

de ser tal y el largo proceso de la madurez inicia la nueva etapa. Más allá de toda filosofía, moviéndose en un estrato ético profundo, ha finalizado para el hombre, en su modalidad natural, el intento más poderoso y sincero de "ser sí mismo".

La juventud no tiene apego ni acatamiento a las imposiciones externas. Asimila las sugerencias que recoge del mundo y trata de hacerlas propias o de distanciarlas de sí, pero sin contaminarse. Trata de conquistar un lugar en el mundo, critica las experiencias consolidadoras o afianzadoras del "stablishment" porque ella misma propicia un nuevo orden.

Las motivaciones de la juventud provienen de todos los aspectos del paisaje humano. Las diferencias que observa entre el discurso científico y el filosófico, por contraste a las decantaciones del "ethos", la hacen prematuramente escéptica y la inducen a buscar de otras fuentes las fórmulas necesarias para derrotar las inconsecuencias y abrir cauces de participación más acordes con la vivencia que ella ha obtenido del mundo. Allí pone en juego lo ganado como proceso de madurez y de internalización de la experiencia concreta de la vida y, sobre todo, las limitaciones de la coyuntura en cuanto, precisamente, el juzgamiento de la situación de lo históricamente dado requiere de caminos rectificadores sobre la base de la participación.

La juventud mantiene su preocupación por encontrar la fórmula que la oriente en las concepciones del hombre y del mundo. Le interesan las situaciones límites que la llevan a una comprensión del todo. Al igual que la filosofía, desde las incongruencias de la experiencia cotidiana, de la vivencia de lo particular, trata de extraer el sentido de las cosas y de proyectarse a una interpretación general del mundo.

La experiencia de lo vivido, la vivencia de la vida, lleva a la juventud al trato directo con el mundo, mostrándole también los desajustes de la experiencia práctica con los modelos interpretativos del accionar y teorizar humanos. Y aunque desconoce los detalles inextrincables de lo que ocurre en los laberintos del saber, su intuición visionaria le descubre en la realidad concreta los factores contradictorios que traen a presencia el conflicto, de la promesa no cumplida, de la no salida, de la imposibilidad de realización de la esperanza de una vida plena. Frente a esta comprobación el voluntarismo propio de la conducta juvenil se supera, asume decisiones, se traza en la acción concreta, opta finalmente, toma partido de entre las posibilidades que ella siente más próxima a su forma de pensar, se abre de hecho a una actitud filosófica.

A partir de ese instante la juventud trata de hacer el enlace de los elementos teorizadores del mundo con lo que vive valóricamente. Busca una visión de semejanza, compatibilizadora de la identidad de un interno con un externo, de su vivencia con el aquí y ahora (*hinc et nunc*).

Sabemos que no tendrá éxito; la tentativa queda frustrada porque no dispone de los mecanismo para persuadir o conmover al mundo. Aquí empieza su lucha, su movilización, actúa con lo que tiene, poniendo por delante su sinceridad de propósitos y su buena fe. La impecable veracidad de su vinculación con las cosas y la honestidad de su comportamiento la hacen respetable en esta acción, en lo que será el mecanismo propio de ser parte, de su participación.

El examen de la participación en relación con la juventud es complejo. Primero, requiere resolver su ubicación en el plano teórico y sistemático, en el orden lógico y epistemológico y en las implicancias metafísicas manifiesta que presenta. Este es un problema de orden filosófico estricto, que se plantea en la trasposición de la idea de participación, en su aspecto intelectual, a las categorías del querer y de la acción. Segundo, determinar la participación en la realidad misma, lo que precisa de una teoría de la acción, que corresponde a una transposición del querer a la realidad. Tercero, derivado de lo anterior, establece específicamente el abanico de posibilidades que se ofrece a la participación de la juventud. Este problema es complejo porque abarca en toda su extensión los niveles precedentes. Vale decir, la juventud aspira a una participación en la fuente misma del ser, por donde se aproxima al fundamento, que se relaciona a su vez con el bien, que le marcará su impronta de vida absoluta. También busca su participación en el acto que, en su relación con el fundamento orgánico de la existencia, trata de penetrar su intimidad y de hacerla abierta. La vinculación del ser, el bien y la existencia se hace a través del valor y por ello la juventud se identifica con él de modo definitivo. Por último, su pugna manifiesta con la realidad, su afán de cambiarla, de llevarla a una expresión humana auténtica, precisa con certeza el lugar del encuentro, en el que los contendientes son la realidad y el ideal.

Para la juventud la participación es acto, vida vivida, voluntad; por la dinámica natural enfrenta a la realidad, a los nuevos fenómenos, con las armas del ideal. Está del lado de las ideas que estiman que la existencia no es "factum" sino un "faciendum". Su pugna con la existencia se produce cuando detecta que los elementos nobles que la componen se transforman en simple realidad, en hecho insensible, impermeable al valor.

Parece atendible recoger las notas esenciales de la participación de la juventud a partir de la distinción de lo actual y lo posible. En efecto, la acción dinámica de la juventud promueve el paso de lo posible a lo actual, que trae a presencia a la existencia, el ser y el bien. Participar en este sentido es acercar los términos de lo real y de lo ideal. La exigencia del valor trata de hacer efectivo este proceso en el orden de la existencia.

Examinemos esta situación por medio de un ejemplo concreto.

La dinámica de lo real y lo ideal en que se mueve la juventud reproduce significativamente lo que ocurre con las categorías del “ser en sí” y “ser-para-sí” de la ontología actual. Aquí se penetra en el núcleo de la relación que enfrenta la participación en general y la de la juventud en particular.

En efecto, el “ser-para-sí” busca la nulificación del “ser-en-sí”, plantea un perentorio cambio de la realidad, de implantar una nueva realidad, en el sentido de hacer propicia una vida más creadora y satisfecha. El “para-sí” se define en esta acción; lo que contiene es un ser que no es (o un no-ser que es), que cobra realidad y sentido en el hacer. La juventud se identifica en esta situación; de allí su pugna con el “en sí” y su cercanía con el “para sí”: deprivado, negado por la presencia incontrastable del objeto, sigue siendo el motor interno del crecimiento humano y de su perfeccionamiento.

Las notas del valor, de su incondicionalidad con el bien, de poseer el ser de modo especial, de ser el más allá, el “para sí” de la trascendencia, etc., conforman una categoría central de la filosofía, la de “ser-para-el valor”. la juventud como conciencia de los valores es seguidora entusiasta de esta categoría, se identifica con ella.

El “para-sí”, sin embargo, cae en su propio juego: quiere “ser-en-sí”, se atemoriza de vivir en las esferas del ideal y se precipita a tierra antes de cumplir su papel cabal en el proceso dialéctico, acepta, prematuramente, una verdad que no es la propia, se hace sustancia concreta, habla los lenguajes del ideal, de los valores, pero está rendido, abandonó su estrato metafísico último, se hizo fariseo, caridad sin amor, cristianismo sin sufrimiento. No habrá cumplimiento en la vida del para-sí, sólo entrega, la vida del ideal ha muerto, se ha enmascarado la libertad.

La juventud percibe la claudicación, descubre que el “para-sí” se ha reducido a una mera práctica condicionada por elementos ajenos a él.

Lo interesante es que el proceso de los valores realizado, aunque fracasado, “funge” sin embargo, como proceso formador.

La idea de proceso formador de la educación ha planteado esta cuestión de modo excepcional y la solución que ha propuesto para la juventud viene de las concepciones del valor.

En efecto, el concepto de formación (Bildung) se presenta primero como conciencia que se va organizando a sí misma, que toma posesión de sí misma. Corresponde exactamente a la fase de la juventud de ser conciencia de sí misma.

El concepto, en su segunda instancia, tiene su significado en la cultura, como contenido de conciencia y proceso a la formación.

El esfuerzo de la conciencia de ser conciencia de sí y luego conciencia de los contenidos determina el sentido y el horizonte del quehacer humano. El proceso de formación arranca justamente de esta experiencia y allí se

inserta la educación. Por eso no hay una tarea más noble que la de enseñar. La juventud sigue exactamente ese trazado.

La epopeya de la juventud de querer ser conciencia de sí, y de justificar los contenidos en función de valores e ideales tiene también un carácter supremo. La juventud encarna, además, la época de lo nuevo, del cambio, de lo que tiene su propio día. La mañana de aquel día será su aurora de esperanza. El mediodía será de ira y lucha. El crepúsculo de la tarde le otorgará comprensión y sabiduría. Y la noche del día será de llanto y derrota. La juventud estará presente en todas esas fases, será la voluntad buena y generosa que nos ayude a esperar el nuevo día. Sólo que cuando llegue, si es que llega, ella no estará con nosotros a la puerta, para acompañarnos en el camino adelante.

ABSTRACT

Prof. Valenzuela singles out peculiar traits of the adolescent's life, while stating the interest of philosophy in the ethical component in the behaviour of the young. This study also emphasizes motivations, attitudes, and value systems which express the desire of young people to conquer a position though a new order, one in which their own sense of things is projected. Prof. Valenzuela gives great importance to the participation of youth in social life, from a philosophical perspective which acknowledges its own limitations.